

point el 7 de junio, podía muy bien en efecto hallarse á la entrada de Cádiz para el 13 ó el 14. Durante este tiempo, sin embargo, iban cubriéndose las tierras comarcanas de reductos, de cañones, y de otros formidables medios de destruccion. Comprendiendo perfectamente el almirante, que si no era libertado por el general Dupont, tendria que sucumbir ante aquel diluvio de fuegos, y perder inútilmente tres ó cuatro mil marinos de lo mejor de la Francia, concibió un desesperado proyecto, el cual si bien no era el mas á propósito para salvarle, le ofrecia al menos una probabilidad de buen éxito, y la satisfaccion en todo caso de la venganza, destruyendo muchos mas hombres que los que podía perder su flota. Aun cuando todos los puntos para salir de la rada por la parte de Cádiz estaban obstruidos, el almirante, sin embargo, habia logrado descubrir un paso practicable, y formó la resolucion de lanzarse como un furioso, el dia en que volviese á empezar el fuego, sobre la division española que estaba peor armada y era poco mas numerosa que la suya, de incendiarla antes del arribo de los ingleses, de arrojarla en seguida sobre estos en el caso de que se presentasen, de destruir y de dejarse destruir, y la de fiar á la suerte, por último, el cuidado de salvar toda ó parte de su division. Mas para poner en práctica tan desesperado recurso, era preciso que una feliz casualidad le deparase un viento favorable. Por lo que haciendo todos los preparativos de marcha, decidióse á esperar tranquilamente ó la presencia del general Dupont, ó una respuesta aceptable de la junta de Sevilla, ó un viento próspero.

Ninguna de estas tres circunstancias, empero,

se habian realizado aun el 14 de junio. El general Dupont no se habia presentado; la junta de Sevilla exigia la rendicion sin condiciones, y el viento, que soplabá á la sazón de la parte del Este, impelia la flota hácia el interior de la rada, en vez de empujarla hácia la salida. Aquel mismo viento era precisamente el que se deseaba en los dias anteriores, cuando aun no estaba obstruido el paso de los canales, para lanzarse sobre la Carraca. Los medios que el enemigo tenia á su disposicion eran triples que los nuestros. No quedaba pues, otro recurso, que el de resignarse á sufrir una lenta é infatigable destruccion bajo un fuego de baterias, al que no se podia contestar de un modo que proporcionase el consuelo de la venganza. La rendicion, por tanto, ofrecia al menos la posibilidad de ser rescatados á los pocos dias por un ejército francés victorioso. Preciso fué, pues, arriar el pabellon sin otra condicion que la de salvar las vidas. Los bizarros marinos de Trafalgar, víctimas constantes de la desgracia, merced á las combinaciones de una política que tenia menos de marítima que de continental, fueron sacrificados una vez mas en las aguas de Cádiz, y hechos prisioneros por una nacion aliada, que, despues de no haberlos secundado en aquel memorable combate, se vengaba en ellos de acontecimientos generales en los que no habian tenido intervencion alguna. Los buques franceses fueron desarmados al punto, y sus oficiales conducidos á los fuertes en calidad de prisioneros con frenéticos aplausos de un populacho feroz. Tal fué la manera con que terminó en Cádiz la alianza marítima de dos naciones, con no poco regocijo de los ingleses, quienes como es de

presumir, tardaron muy poco á saltar en tierra, y empezaban á portarse en el puerto de aquella ciudad como si fuesen dueños de él. Tal fué tambien el modo con que iban desvaneciéndose una en pos de otra las ilusiones que nos habíamos formado sobre la Península, dejándonos entrever, á medida que se disipaban un inmenso peligro.

El almirante Rosily acababa de sucumbir por no haber llegado á tiempo el general Dupont para tenderle una mano: mas ¿qué hubiera sido tambien de este general si se hubiera atrevido á lanzarse con diez mil bi-sones en medio de la Andalucía sublevada? Habíase contado con que todo cedería ante su presencia, con que cinco ó seis mil suizos reforzarian durante la marcha su cuerpo de ejército, con que una division francesa atravesaría pacíficamente el Portugal é iria á incorporársele entrando en España por Elvas, y con que de este modo por último podría dirigirse sobre Sevilla y Cádiz con una fuerza de veinte mil hombres. Arrollados, empero, la mayor parte de los suizos por la insurrección, declaráronse adictos á ella. El reino de Portugal cuyos habitantes empezaron á no mostrarse impasibles ante la conmocion de la España, opuso tantas dificultades al paso de nuestras tropas, que á duras penas pudo avanzar el general Kellermann hasta Elvas con su caballería. Cuantas facilidades se habian soñado, fundándose en la antigua sumision de la España, se convirtieron en obstáculos poderosos. Cada pueblo, en fin, vino á ser un degolladero para nuestros soldados, escasearon los víveres, y solo se encontraba en todas partes un clima devorador.

Al detenerse el general Dupont en Andalucía,

estaba muy lejos de sospechar que las cosas hubiesen llegado á tal estado. Cierto, que nunca contó muy confiadamente ni con el refuerzo de suizos que debia llegarle de Granada, ni con la division francesa que debia ir á reunirse con él atravesando el Portugal. Contaba solo con sus propias tropas; con la reunion de sus dos divisiones que componian un total de veinte mil franceses, número que consideraba mas que suficiente para llenar el objeto de su mision en Andalucía. Faltaba, empero saber si sus correos habian podido llegar á Madrid, donde habian quedado sus dos divisiones por lo que pudiera ocurrir en el centro de la España, y en esta incertidumbre permanció diez dias en Córdoba aguardando unas instrucciones y un refuerzo que nunca llegaban. Al cabo de este tiempo, la noticia del desastre de la flota, la de la defeccion de los suizos y de las tropas del campo de San Roque, y la respuesta en fin del general Castaños al emisario que se le expidiera, la cual probaba que se habia decidido de una manera irrevocable por la causa de los insurgentes, vinieron á revelar al general Dupont todo cuanto tenia su situacion de peligrosa. Por una parte veia ya dirigirse contra él asi por el lado de Sevilla como por su derecha, al ejército de Andalucía, al paso que por otra veia venir al de Granada sobre su izquierda y por el lado de Jaen. De estos dos ejércitos, el que mas peligros ofrecia por el pronto era el segundo, mediante á que desde la última ciudad no habia mas que dar un paso para llegar á Bailen, llave de los desfiladeros de Sierra Morena, de donde estando en Córdoba, se hallaba el general á la distancia de unas veinte y cuatro leguas francesas. Semejante

situacion era por un lado insostenible; y el dejarla ofrecia por otro lado el inconveniente de tener que abandonar al enemigo el paso de Sierra Morena, quedándose sin medio alguno de salvacion. Harto le daban que hacer sin esto las indisciplinadas bandas de Agustín Echavarri que la infestaban, interceptando en ella todos los correos y convoves. Vióse, pues, en la precision de abandonar mal de su sagrado á Córdoba, y de retroceder hácia Andújar, desde cuyo punto dominaba el Guadalquivir, se hallaba tan solo á siete leguas de distancia de Bailén, y mucho mas cerca de los desfiladeros de Sierra Morena. Y he aquí, como en vez de un *paseo en triunfo* por Andalucía, tuvo que emprender el general Dupont un movimiento retrógrado.

Como nada habia que motivase la celeridad, nuestras tropas emprendieron aquella retirada con orden y lentitud, partiendo de Córdoba en la tarde del 17 de junio á fin de caminar de noche, segun es costumbre en aquel ardiente clima en la estacion del calor. A consecuencia de las crueldades perpetradas por los españoles, de las cuales habia tenido noticia nuestro ejército, ninguno de los soldados enfermos ó heridos que no podian soportar las fatigas de la marcha, queria quedarse atras: fué preciso, por ende, que la division llevase en pos de sí una gran hilera de carros, que tardaron mas de cinco horas en desfilas, y los cuales figuraron luego en las gacetas de los españoles y de los ingleses como un convoy destinado á conducir los despojos de Córdoba, de cuya ciudad se sacaron unos 600,000 francos próximamente y algunos vasos sagrados, que fueron restituidos despues casi todos. Por otra parte bastaria para desmentir las aserciones de

aquellas gacetas, la consideracion de que con cuatro carros cargados de objetos preciosos, hay suficiente y aun de sobra para conducir el mayor botin imaginable. La causa, por consiguiente, de aquella interminable hilera de bagages no podia ser otra que la necesidad de trasportar de un punto á otro los heridos, los enfermos y las numerosas familias que habian seguido á nuestro ejército en la expedicion de España, confiando en que aquel seria mas bien destinado á la ocupacion un poco detenida, si se quiere, del pais, que á una guerra activa. Todavía quedaron, no obstante, en Córdoba algunos enfermos y heridos, confiados á la custodia de las autoridades españolas, las cuales cumplieron religiosamente la palabra empeñada al general Dupont de cuidar esmeradamente de ellos. Porque hay que advertir, que si bien eran temibles en los lugares y aldeas de España las odiosas crueldades de que hemos hecho referencia, este temor no podia ser tan fundado en las grandes poblaciones, donde dominaba por lo regular un pueblo humano y prudente, estraño á todas las atrocidades cometidas por la ínfima plebe.

Ninguna hostilidad tuvieron que rechazar nuestras tropas en el camino. Al llegar, empero, á la villa de Montoro, nuestro ejército no pudo menos de horrorizarse á la vista de los cadáveres de franceses sorprendidos aisladamente por el enemigo, de los cuales habia unos colgados en los árboles, medio enterrados otros, y desuartizados un gran número. ¡Jamás habian perpetrado nuestras tropas ni sufrido en ningun pais atrocidad semejante, y eso que habian hecho la guerra por todas partes; en Egipto, en la Calabria, en la Iliria, en Polonia, en

Rusia! La impresion que les causó aquel espectáculo fué en extremo profunda, mostrándose menos exasperadas que entristecidas por la suerte que aguardaba á todos los que tuvieran que quedar rezagados por enfermos, heridos, ó á causa de la fatiga, la sed y el hambre.

Nuestro ejército llegó á Andújar en la mañana del 18. Los habitantes de la ciudad, temiendo que nuestras tropas quisiesen vengar en ellos los asesinatos y crueldades cometidos así en Andújar como en los pueblos comarcanos, habian huido dejando completamente desierta la poblacion. Registráronse las casas á fin de buscar víveres en ellas, y se encontraron suficientes para racionar el ejército por unos cuantos dias. El general Dupont alojó dentro del mismo Andújar los marinos de la guardia imperial, tropa la mas disciplinada y cuerda de toda su division. En seguida mandó emisarios á los habitantes de la ciudad para que regresasen á sus casas, prometiéndoles que no se haria daño alguno, y esta disposicion produjo el apetecido resultado. La ciudad de Andújar ofrecia para los heridos y los enfermos algunos recursos, de los cuales se usó con órden y método á fin de no agotarlos inútilmente. Procuróse ademas adquirir medios de subsistencia, ora con dinero, el cual no escaseaba, ora mandando á merodear partidas bien organizadas. Andújar tenia un antiquísimo puente sobre el Guadalquivir, con varias torres moriscas aspilleras, en las cuales se colocaron nuestras tropas mas escogidas. Erigiéronse ademas á derecha é izquierda algunas fortificaciones, y situando la primera brigada sobre el rio y en la vanguardia del puente, la segunda á los dos costados de la ciudad, los suizos á la

parte opuesta de ella, y la caballería en la llanura, á fin de que pudiese observarse el pais hasta el pie de las montañas de Sierra Morena, se logró una posicion, en la cual no era difícil sostenerse largo tiempo y esperar con alguna seguridad los refuerzos pedidos á Madrid, en cuidando de abastecerse con actividad.

La posicion de Andújar, sin embargo, no dejaba de tener sus inconvenientes respecto á la custodia de los desfiladeros, y esta fué la primera falta de que tuvo despues que arrepentirse el general Dupont. El verdadero motivo, en efecto, que le habia impellido á abandonar á Córdoba y los muchos recursos que ofrecia aquella gran ciudad, no habia sido otro que el temor de que los insurgentes de Granada, que habian avanzado ya hasta Jaen, se dirigiesen por la izquierda del ejército á pasar el Guadalquivir por Menjíbar, llegasen á Bailen, y cerrasen los desfiladeros de Sierra Morena. Distanto, como dista, Córdoba veinte y cuatro leguas de aquella ciudad, este peligro era realmente inmenso. Mas aun cuando Andújar dista siete leguas tan solo de Bailen, siempre era esta una distancia asaz considerable, y merced á ella podíamos correr el riesgo de que el enemigo se encajase de improviso en los desfiladeros. De mas á mas habia por el otro lado de Bailen algunas salidas, por las cuales podia penetrarse asimismo en Sierra Morena, á saber: los caminos de Baeza y de Ubeda, que van á dar sobre la Carolina, punto donde puede decirse que empiezan verdaderamente los desfiladeros. Era preciso, pues, vigilar á Bailen desde Andújar, y no solo á Bailen, sino á Ubeda y Baeza, lo cual exigia doble vigilancia. El partido mas conveniente, por tan-

to, que debió tomarse al abandonar á Córdoba, era proseguir firmemente en el cuerdo pensamiento que habia presidido á esta determinacion, dirigiéndose sobre Bailen misma, donde sola la presencia de nuestras tropas hubiera bastado para guardar la llave de los desfiladeros, y desde cuya ciudad hubiera podido vigilarse tambien por medio de algunos destacamentos de caballería el camino secundario de Baeza y de Ubeda. Y no eran estas solas las ventajas que ofrecia la posesion de Bailen: tenia ademas la de su posicion topográfica, mediante á hallarse situada sobre dos colinas, la de tener aires mas puros, la de dominar el curso del Guadalquivir, y de poder, por último, caer rapidamente sobre el enemigo, cuando éste se dispusiese á atravesarlo. Cier- to, que si este rio no hubiera sido vadeable mas que por un punto, hubiera estado muy bien la determinacion de situarse en una de sus orillas á fin de estorbar el paso desde mas cerca; pero como el Guadalquivir tiene por aquella parte, y en la estacion del calor principalmente, una infinidad de vados, nada mejor podia hacerse que ir á situarse un poco mas atrás sobre una posicion dominante, desde la cual se descubriera bien el terreno y hubiese por ende posibilidad de arrojarse con rapidez sobre cualquier cuerpo de ejército que intentase atravesar el rio, y de arrollarlo en la hondonada que sirve á éste de lecho. Bailen reunia justamente todas estas ventajas. El sacrificio, pues, de dejar á Andújar, considerada como centro de recursos, era demasiado mezquino comparado con las razones que acabamos de esponer. No vacilamos en repetir, por tanto, que fué una verdadera falta el detenerse en esta ciudad en vez de llegar hasta Bailen, para im-

pedir toda clase de tentativas del enemigo sobre los desfiladeros. A pesar de todo, con una vigilancia activa no hubiera sido quizás imposible reparar esta falta y prevenir sus consecuencias. El general Dupont, como ya hemos dicho, se estableció en Andújar, resuelto á esperar en aquel punto nuevas de Madrid que nunca llegaban, por la razon sencillísima de que era raro el correo que lograba pasar por Sierra Morena.

He aqui, pues, cual era á fines de junio el resultado de los primeros esfuerzos hechos para reprimir la insurreccion española. El general Verdier habia sofocado el alzamiento de Logroño, y el general Lasalle el de Valladolid y Castilla la Vieja. El general Lefebvre habia obligado á encerrarse en Zaragoza á los aragoneses, pero se veia detenido al frente de esta ciudad. El general Duhesme en Barcelona veíase obligado á emprender un combate cada dia para mantener espeditas las comunicaciones con el general Chabran, á quien habia mandado salir para Tarragona. El mariscal Moncey, á la sazón en camino para Valencia, no habia pasado de Cuenca aun, por aguardar allí á que la division Chabran tuviese tiempo de adelantar su marcha. El general Dupont, en fin, que habia llegado triunfante á Córdoba, despues de tomar y entrar á saco en la ciudad, habia tenido que retroceder á los desfiladeros de Sierra Morena, cuya posesion no creia ya segura, y cambiado la posicion de Córdoba por la de Andújar. La flota francesa, surta en las aguas de Cadiz, acababa de sucumbir por falta de socorros.

De todos estos pormenores apenas se tenia conocimiento en Bayona y en Madrid, donde tan solo

se sabia lo concerniente á Segovia, Zaragoza, Valladolid, y lo de Barcelona á lo sumo. En cuanto á las ocurrencias del Mediodía de España, casi pudiera decirse que se estaba completamente á oscuras, mediante á que si de algo llegaban noticias á Madrid, era por conducto de emisarios secretos dirigidos á los conventos ó á las casas de los grandes. Esparcióse, en efecto, con marcadas señales de alegría entre los españoles adictos á Fernando VII la voz de que la flota francesa habia sido destruida; que las tropas organizadas de Andalucía y las del campo de San Roque, venian avanzando contra el general Dupont; que éste se habia visto obligado á levantar el campo, y que se hallaba bloqueado en Sierra Morena; que el mariscal Moncey saldria difícilmente ó no saldria de los desfiladeros de Requena; que Zaragoza permanecia firme é invencible; que la derrota de don Gregorio de la Cuesta en Cabezon no valia nada; que éste regresaba con el general Blake á la cabeza de los insurgentes de Asturias, Galicia y Leon, á fin de interceptar el camino de Madrid á los franceses; que el rey José, cuya partida de Bayona se estaba comunicando diariamente, no llegaria á verificarla, y que el formidable ejército francés, por último, se veria bien pronto obligado á evacuar la Península. El regocijo que producian en los habitantes de Madrid los rumores referentes al buen éxito que tenia la insurreccion, se traslucia con especialidad por las abundantes colectas que se hicieron en provecho de los insurgentes, y en el deseo que manifestaban de proporcionarles todos los socorros posibles.

El estado mayor de Madrid recogia por su par-

te todos estos rumores, y si bien no creia en ellos, inquietabanle sin embargo, y se apresuraba á transmitirlos á Bayona. El infortunado Murat insistió con tal fuerza en pedir permiso para regresar á Francia, que á pesar del empeño que habia de retener en Madrid este fantasma de autoridad, se le concedió al fin, y se habia aprovechado de él con la impaciencia de un niño. Con la ausencia de Murat, quedó de gefe esclusivo de la administracion francesa el general Savary, el cual tenia temblando á Madrid, tanto por su amenazador continente, como por la reputacion de ejecutor desapiadado de las órdenes de su señor, que habia adquirido. El general Savary, sagaz como él solo, apreció debidamente la situacion, y creyó oportuno enterar á Napoleon de ella, sin atenuar en lo mas mínimo su gravedad. Habiendo llegado á concebir temores acerca de los cuerpos avanzados del mariscal Moncey y del general Dupont, decidióse á desguarnecer de tropas á Madrid, y á mandar dos divisiones al Mediodia de la España. Para entonces ya habia sido espedido al general Dupont un convoy de municiones y galleta, el cual fué interceptado en Valdepeñas, villa en la que hubo que trabar un encarnizado combate para franquear el paso. El general Savary ordenó á la division Vedel, segunda de Dupont, y compuesta de unos seis mil hombres, que partiese desde Toledo á Sierra Morena á despejar los desfiladeros, é incorporarse en seguida con su general en gefe. Presumiase que habiendo partido éste con doce ó trece mil hombres, y reuniendo con la division Vedel de diez y siete á diez y ocho mil, se hallaria en estado de poder mantenerse en Andalucía. A pesar de esta presuncion,

intimósele la orden de que en todo caso procurase hacerse fuerte en los desfiladeros de Sierra Morena, á fin de estorbar que los insurgentes penetrasen en la Mancha. Dotado el general Savary de un tacto esquisito, y adivinando que el que estaba mas comprometido era el general Dupont, á causa de las tropas organizadas del campo de San Roque y Cádiz que iban marchando contra él, disponiase á enviarle á Madridejos, ó sea á la mitad del camino de la corte á Andújar, su tercera division, al mando del general Frére, con cuyas tropas habria ascendido el total de la fuerza del general Dupont á veinte y dos ó veinte y tres mil hombres, y hubiera podido éste hacer frente á toda clase de acontecimientos. Siguiendo, empero, las observaciones de Napoleon, el general Savary mandó la division Frére, no á Madridejos, quese halla situado en el centro de la Mancha, sino á San Clemente, que distaba sobre poco mas ó menos lo mismo del general Dupont, y desde donde podia acudir ademas en caso necesario al auxilio del mariscal Moncey, de quien tampoco se sabia nada, y el cual no tenia probabilidades de recibir socorro alguno por la parte de Tarragona, mediante á que, obligado á retroceder el general Chabran, acababa de restituirse á la capital del principado.

Tomadas estas precauciones, creyóse que nada habia que temer sobre los dos cuerpos de ejército destinados al Mediodía de la España, y que se podia aguardar tranquilamente la continuacion de los acontecimientos. Con la marcha de las divisiones Vedel y Frére, quedaban únicamente en Madrid otras dos divisiones de infanteria (la segunda y tercera del cuerpo de ejército del mariscal

Moncey), la guardia imperial y los coraceros, fuerza que por el pronto era suficiente, mediante á que la llegada del rey José con nuevas tropas debia reponer bien pronto el ejército del centro bajo un pie respetable. El general Savary renunció con aprobacion del emperador al proyecto de mandar una columna sobre Zaragoza, dejando al cuidado del estado mayor de Bayona el mandar al frente de las murallas de aquella ciudad sublevada fuerzas suficientes para reducirla á la obediencia.

A esta sazón, terminóse la obra de la constitucion, hecha en Bayona, segun habrán visto nuestros lectores en el precedente libro. La partida del rey José para Madrid era, pues, importantísima por dos razones: por la necesidad de reemplazar cuanto antes la autoridad del teniente general Murat, y por la urgencia de que llegasen á la corte los refuerzos detenidos en Bayona para escoltar al rey José. Napoleon, en efecto, habia tomado las disposiciones necesarias para proporcionarle una reserva de tropas aguerridas, parte de las cuales debia acompañarle hasta Madrid, parte ir á reforzar al mariscal Bessieres, para que pudiese hacer frente á los sublevados de Asturias y de Galicia, que habian logrado rehacer á los insurgentes de Castilla la Vieja batidos en Cabezon, y otra parte, en fin, sobre Zaragoza para que contribuyese á la toma de esta importante ciudad. Como ya dejamos dicho Napoleon habia traído de Paris al campo de Bolonia, de éste al de Rennes, y del de Rennes á Bayona, seis regimientos aguerridos, á saber: el 4.º de ligeros, el 13.º de línea, el 2.º y el 12.º de ligeros, y el 11.º y el 44.º de línea: ademas de esta fuerza trajo tambien, siguiendo la misma ruta, dos

bataillones de la guardia de Paris, las tropas del Vistula, y algunos regimientos espedicionarios. A los seis regimientos de antigua formacion, dirigidos sobre la España, habia reunido el 51.º y el 49.º de línea procedentes del Rhin, y dado órdenes para sacar de las orillas del Elba el 32.º, el 58.º, el 28.º y el 75.º de línea, regimientos valientes, que formaban parte del ejército de observacion del Atlántico. Todas estas fuerzas reunidas añadian un total de doce regimientos aguerridos á las tropas provisionales enviadas primitivamente á España. De este modo, pues, era como Napoleon habia preparado en Bayona una reserva considerable para hacer frente á las dificultades de una guerra, cuyas proporciones iban creciendo de una manera asombrosa. Y no se limitaron á esto solo sus precauciones. Temiendo que los guerrilleros de Navarra, Aragon y Cataluña se acercasen á insultar las fronteras francesas, lo cual hubiera sido en extremo bochornoso para un conquistador, que dos meses antes se creia dueño de toda la Península desde los Pirineos hasta Gibraltar, destinó á estas cuatro columnas de la fuerza de mil doscientos á mil quinientos hombres cada una, y compuesta de gendarmeria de á caballo, de guardias nacionales escogidos, de montañeses del Pirineo, organizados en compañías de tiradores, y de algunos portugueses, en fin, resto del ejército portugués trasportado á Francia. La mision de estas columnas era la de vigilar la frontera, rechazar todo insulto de las guerrillas españolas, y si preciso fuese, la de doblar la cima de los Pirineos para auxiliar á las tropas francesas cuando estas tuviesen necesidad de ello.

Todo esto, sin embargo, no era suficiente para los Pirineos Orientales, y habia ademas urgente precision de acudir al socorro del general Dubesme, que se hallaba bloqueado en Barcelona. Las cosas habian llegado á tal punto en esta provincia, que el castillo de Figueras, en el cual habia una reducida guarnicion francesa desde que fueron sorprendidas las plazas fuertes españolas en marzo último, se hallaba enteramente bloqueado y expuesto á rendirse por falta de viveres.

Napoleon, por tanto, resolvió formar una division de siete á ocho mil hombres, al mando de uno de sus edecanes mas instruidos, el general Reille, para enviarla con un convoy de viveres á Figueras, y á fin de que se reuniese en Gerona al general Dubesme, cuyas tropas con este refuerzo ascenderian al número de veinte mil hombres próximamente. No era facil, empero, reunir una fuerza de aquel número en el Rosellon, puesto que de ordinario no solia haber estacionada tropa alguna ni en el Languedoc ni en Provenza. Esto, no obstante, Napoleon supo encontrar el medio. A la columna de gendarmeria, de guardias nacionales, de montañeses y portugueses, destinada á custodiar los Pirineos, bajo el mando del general Ritay, añadió dos nuevos regimientos italianos, uno de caballeria y otro de infanteria, los cuales formaban parte de las tropas toscanas, y habian recibido orden de dirigirse hácia Aviñon. Tenia ademas en el Piamonte las tropas de donde habian sido formadas la division Chabran y la division italiana Leschi. Napoleon volvió á sacar de ambas nuevos destacamentos, fáciles de encontrar á causa de la abundancia de gente que habia en los depósitos de alistados, y les ordenó que mar-

chasen hácia el Languedoc. Sacó ademas de Marsella, Tolon y Grenoble algunos terceros batallones que se hallaban de depósito en aquellas ciudades, un batallon de la quinta legion de reserva, estacionada en la última, y dirigiéndose por último á todos los regimientos que tenian sus respectivos depósitos en las márgenes del Saona y del Ródano, y los cuales pudiesen mandar por agua á Aviñon los destacamentos, les sacó á cada uno de ellos una compañía, con las cuales formó dos excelentes batallones, á los que dió el nombre de primero y segundo batallon provisional de Perpiñan. Tal fué la industria de que se valió para reunir un cuerpo auxiliar para Cataluña de siete á ocho mil hombres, sin mermar de una manera sensible los ejércitos de Italia y Alemania. Afortunadamente, permitiále la tranquilidad que reinaba en toda la Francia, el privarse sin inconveniente alguno de las tropas de depósito. Lo único de malo que ofrecian estas, era que como procedian de diverso origen y formacion, puesto que las habia suizas, italianas, portuguesas y francesas, y la mayor parte de los soldados eran jóvenes y poco aguerridos, ofrecian un conjunto extravagante, y solo podian servir de alguna cosa por la habilidad de los gefes á quienes fuese confiado su mando.

Despues de tomarse todos estos desvelos para traer á las fronteras de España las necesarias fuerzas, Napoleon se ocupó en distribuirlas con arreglo á las necesidades del momento. Para entonces ya habia ido encaminando sucesivamente sobre Zaragoza los tres regimientos de infanteria del Vistula, una parte de la division Verdier con este general á su cabeza, un gran tren de artilleria de

batir, y una columna de guardias nacionales escogidos, sacados del Pirineo, fuerzas que componian entre todas un cuerpo de ejército de diez á once mil hombres. Confióse al general Verdier la direccion del sitio, y al general Lefebvre, que no era mas que un gefe de caballeria, le mandó á uno de sus edecanes, al general Lacoste, para que dirigiese los trabajos de ingenieros. Todo, en fin, hacia esperar, que con tan copiosas tropas, y con tan crecido tren de artilleria, no seria largo el sitio de la plaza. En todo caso, Napoleon tenia ya destinados al mismo fin algunos de sus regimientos mas aguerridos, los cuales se hallaban á la sazón en marcha hácia los Pirineos.

Acto continuo, ocupose de organizar con los regimientos llegados á Bayona, el cuerpo de ejército del mariscal Bessieres, cuya mision era proteger la marcha de José sobre Madrid, y hacer frente á los revoltosos del Norte, de los cuales cada día se oia hablar de una manera á propósito para aumentar la inquietud. De los seis regimientos aguerridos mandados venir primeramente, habian llegado ya el 4.º ligero y el 15.º de línea, el 2.º y 12.º de ligeros, y los dos batallones de París. Napoleon los destinó á las órdenes del bizarro general de division Montou, que se hallaba en España desde la entrada de los franceses, y formó con ellos dos brigadas. La primera compuesta del 2.º y 12.º de ligeros, y de los destacamentos de la guardia imperial, fué confiada al mando del general Rey. El mando de la segunda, formada con el 4.º ligero y el 15.º de línea, y el batallon de la guardia de París, fué conferido al general Reynaud. La antigua division del general Verdier,

parte de la cual continuaba á sus órdenes en el sitio de Zaragoza, fué incorporada á la division Merle, y dividida en cuatro brigadas al mando de los generales Darmagnac, Gaulois, Sabatier y Ducos. El general de caballería Lasalle, que tenia ya el 40.º y el 22.º de cazadores y un fuerte destacamento de granaderos y cazadores á caballo de la guardia imperial, reunió á esta fuerza el 26.º de cazadores y un regimiento de dragones provisional. Las tropas de la division al mando del general Montou podian calcularse en siete ú ocho mil hombres, las de Merle en ocho mil y tantos, y en dos mil las de Lasalle: de manera, que entre todas componian un total de unos diez y siete mil hombres. Los diversos y reducidos cuerpos, formados de la gente de los depósitos de convalecientes, y de batallones y escuadrones expedicionarios para guarnecer á San Sebastian, Vitoria y Burgos, hacian subir el número de tropas del mariscal Bessieres á unos veinte y un mil hombres destinados á contener el Norte de España, á reprimir los revoltosos de Castilla, Asturias y Galicia, á cubrir el camino de Madrid, y á escoltar al rey José.

De modo, que Napoleon habia enviado sucesivamente á España más de ciento diez mil hombres, de los cuales habia repartidos cincuenta mil entre Madrid, Valencia y Andújar, á las órdenes del general Dupont, mariscal Mincey, y general Savary; veinte mil en Cataluña al mando de los generales Reytle y Duhesme; doce mil al frente de Zaragoza con el general Verdier; de veinte y uno á veinte y dos mil en las cercanías de Burgos á las órdenes del mariscal Bessieres, y los restantes desparados en los diversos depósitos de la frontera. Tan

copioso número de tropas, por mas que gran parte de ellas se compusiesen de soldados bisoños y poco aguerridos, hubiera sido, á no dudarlo, mas que suficiente, para triunfaren España, si la guerra con esta nacion hubiese ofrecido el carácter de una guerra regular, y nuestros soldados hubieran tenido que habérselas con tropas de línea. Contra una nacion, empero, sublevada en masa, y contra todo un pueblo, que si bien no queria batirse en campo raso, se atrincheraba en las poblaciones, interceptaba convoyes y correos, y asesinaba los heridos, obligando de esta manera á cada division ó cuerpo de ejército á desmembrarse en destacamentos, que lo debilitaban hasta el punto de reducirlo casi á la nulidad, luego se verá que tan copiosas fuerzas no eran bastantes. Para reprimir aquella formidable insurreccion, hubieran sido menester por lo corto, sesenta ú ochenta mil hombres mas de tropas aguerridas, con cuyo aumento de fuerza, si se hubiera mandado en tiempo oportuno, quizá se habria obtenido el deseado fin. Pero Napoleon no queria sacar gente de otra parte que de los depósitos del Rhin, de los Alpes y de los del litoral, resistiéndose constantemente á disminuir los grandes ejércitos que aseguraban su imperio en Italia, Iliria, Alemania y Polonia; lo cual es una nueva prueba de una verdad, que el lector hallará frecuentemente reproducida en esta historia, á saber: que era imposible operar simultáneamente en Polonia, Alemania, Italia y España, sin esponerse á ser insuficiente en algunos de estos teatros de guerra, y en todos quizás al cabo de poco tiempo.

Llegado ya el momento de que el rey José entrase en España, Napoleon decidió, que una de